

los hombres de mi corona.  
Como esta mano ha de ser  
la que conduzca mis tropas  
a Italia.

(A Gonzalo.)

— Como ésta, digo  
y es claro que ha de ser otra;  
porque esta mano que es tanta  
defensa de mi persona;  
que tan a pulso un tratado  
mantiene si no la cortan;  
que se atreve a tanto, alzando  
su lealtad sobre todas,  
no irá a Italia. Está muy lejos  
Italia y a mí me importa  
tanto esta mano, señores,  
que a riesgos de perder gloria,  
¡siempre la quiero a mi lado,  
para mi regia custodia!

(Hay un silencio; Navarro  
exulta radiante; el Rey con-  
cluye.)

— Da el sol de sí; todavía  
recorreremos la sombra  
de la alameda a placer,  
mis grandes . . .

(A Pedro Navarro.)

— Navarro, apronta  
tu caballo; cartas mías  
quiero confiarte en postas.

(A Gonzalo.)

— Tú, queda en ésta, a dar fe  
de que tu Rey hace pronta  
la ejecución del tratado,  
Gonzalo Hernández de Córdoba.

(Salen por la derecha el  
Rey, Don Alonso de Aguilar,  
el Conde de Tendilla, el Mar-  
qués-Duque de Cádiz y el  
Marqués de Villena. Les deja  
paso Don Gonzalo. Quedan  
en escena él y Pedro Na-  
varro.)

NAVARRO

No váis a Italia.

GONZALO

Esta vez  
pensando ofenderme, amigo,  
me has hecho un bien; aunque es cierto

que, si no vengo en tu auxilio,  
dando a mi Rey tales iras  
que pude temer yo mismo,  
sacarme de ésta no sabes;  
iba a Italia: ahora, respiro.

NAVARRO

¿Pero no finges? Acaban  
de degradarte; caudillo  
para la guerra en Italia  
por todos reconocido,  
no te acepta el Rey ¿y exultas?

GONZALO

¡Soy feliz, Navarro amigo! . . .  
La guerra en Italia — y pongo  
que fuera yo su caudillo —  
dura diez años, lo menos.  
¡Diez años, sin ver los sitios  
que son altar de su imagen!  
Pensando en este suplicio,  
señalándome los dedos  
de todo el reino, he vivido,  
Navarro, días enteros  
llamando a la muerte a gritos;  
pero tú me conocías

— tú sabes — y has acudido,  
socapa de herirme, a hacer  
lo posible en mi servicio;  
bien hecho, mejor pensado,  
digno el medio, el fin más digno,  
¡Dios te bendiga, lo menos  
tanto como yo le pido!

NAVARRO

(*Sarcasmo.*)

¿Vas a pintarme que avanza  
tu amor, estrechando el sitio?

GONZALO

No necesita avanzar  
lo que ya nació infinito.

NAVARRO

Y el día en que, otro que tú  
traiga a la Reina su anillo  
de soberana de Nápoles  
¿qué es de ese amor infinito  
que escondes avaramente?  
— No vas a Italia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

GONZALO

¡La sirvo  
mejor no yendo; que así  
puedo consumirme vivo!

NAVARRO

No vas a Italia.

GONZALO

¡Así fuera  
verdad! . . . Lo dudo.

NAVARRO

¡Lo afirmo,  
capitán! Mandará el Rey  
por las postas que me dijo,  
su negativa a la Reina  
que te elegía en su escrito.

GONZALO

¿También ella? . . . Huelga entonces  
toda la labor que hicimos:

¡Voy a Italia sin remedio,  
si Doña Isabel lo ha dicho!

*(Cuando Gonzalo acaba de pronunciar estas palabras, aparece en la lateral izquierda, con dos hombres de armas, el alférez Zapata. Se hace a un lado, abriendo paso y disponiéndose a presentar la espada.)*

NAVARRO

*(Sorprendido, a Zapata.)*

¿Quién llega?

*(Entra Doña Isabel con breve acompañamiento de damas; el alférez y sus hombres presentan gravemente armas y vuelven a salir. La Reina, que oyó la pregunta de Navarro, dice a éste con graciosa ironía.)*

ISABEL

Traigo sandalia  
de casta de peregrinos  
y llevo bien los caminos,

*(A Gonzalo, después de una pausa.)*

Señor capitán de Italia,  
¿Qué cuentan los granadinos?

GONZALO

Pues llegáis sin avisar  
no contarían, Señora,  
conque les diérais ahora  
la sorpresa de llegar.

*(Navarro aprovecha solapadamente la distracción de la Reina para acercarse a la puerta de la torre, diciendo.)*

NAVARRO

Corro a anunciaros.

ISABEL

Ninguno  
me anuncie, Navarro: atrás.  
No se diga que además  
de sorprender, importuno.  
De una posta prevenida

he oído que hablábais; pues  
salid por la posta, que es  
la más rápida salida.

*(Sale Navarro, inclinándose.)*

— Gonzalo, al verme llegar  
como decís, por sorpresa,  
no es que no venga a tramar  
tal vez lo que os interesa;  
y agradecédmelo bien:  
que a fe que peor camino  
no lo andará peregrino  
que vaya a Jerusalem.

GONZALO

*(Con solicitud.)*

¿Fué duro?

*(La Reina se habrá acomodado entre sus damas para tomar reposo y forman un grupo en la escena. La Marquesa de Moya está a su lado, en pie. También en pie y un poco más lejos, marcando respeto, el capitán.)*

## ISABEL

El sol calcinaba  
 las piedras; el aire entorno  
 pegándose al rostro, daba  
 la impresión de un molde de horno;  
 y como, al vernos venir,  
 saltanme a recibir  
 las gentes, en cada aldea,  
 mil veces creí morir  
 al paso de mi hacanea. . .  
 Al fin llegamos; y al fin  
 ciegas de sol, al llegar,  
 vinimos a descifrar  
 por qué, en el verde jardín  
 de su granadino aduar,  
 quiso el árabe colgar  
 el bordado camarín  
 de la Alhambra de Alhamar . . .  
 Que estos oscuros pasillos  
 para el corazón estrechos;  
 y estos delgados palillos  
 de mármol; y estos deshechos  
 grumos, que son como ovillos  
 de sombra en lugar de techos;  
 y en la pared, casi blonda,

las ventanas, casi fleco;  
 y el alicatado hueco  
 de picos de hoja, en la fronda,  
 todo es continuo trasiego  
 que hacen del sol, obligándole  
 a dar la luz; mas quitándole  
 la vestidura de fuego.  
 Por eso, en la sorda cueva  
 de los sótanos tranquilos,  
 va el agua metida en silos  
 como una cosecha nueva;  
 y refrescando la sombra  
 de arrayanes que la cerca,  
 véis agua en aquella alberca  
 tendida como una alfombra;  
 y agua entre mármoles, cuya  
 redonda copa de estanque  
 tiene ancho el caño, en su arranque,  
 porque a borbotones fluya;  
 pero da en tierra y apenas  
 da en ella, se abre y desgrana  
 en hilos que son las venas  
 del pecho de esta sultana;  
 y así, en un final trasiego  
 se esponja la luz; y esto es  
 vestirla de agua, después  
 de desnudarla de fuego.

La luz recogida y fría,  
 que era un sueño que él traía  
 de su desierto entre arenas,  
 la encerró el árabe un día  
 detrás de la crestería  
 de estas caladas almenas.  
 Y hoy en flor la he recogido  
 yo misma, al dejar el llano;  
 cuando su velo cernido  
 matando el sol que inhumano  
 daba en mis párpados rojos,  
 ¡la Alhambra entera he sentido  
 combarse, como una mano  
 de mujer, sobre mis ojos!  
 ¡Clara mano, cuya fina  
 palma de nardo y jazmín  
 se ahueca en el camarín  
 de mi Alhambra granadina:  
 Dios te dé vida, en los años  
 en que yo sea despojos,  
 para que aún tiendas tus paños  
 de sombra sobre mis ojos!  
 Y a cambio de los cendales  
 con que tamizas la luz  
 que se desploma a raudales  
 de mi zafiro andaluz,  
 Sultana de mis castillos,

¡plegue al cielo que, al trasluz  
 de tus dedos amarillos,  
 jamás se empañan los brillos  
 de las aspas de la cruz  
 que he puesto entre tus anillos!

*(Una emoción que no es  
 dueña de contener, vela y  
 rompe la voz de la Reina;  
 sus damas la rodean casi  
 arrodilladas y suspensas de  
 lo que dice; Doña Isabel,  
 como volviendo a la tierra,  
 trata de hacer olvidar su pro-  
 pia emoción.)*

— Rompió el dique el hervidero  
 de la emoción, al hablar . . .

*(A Don Gonzalo.)*

— El agua temple el acero,  
 capitán y caballero  
 de la casa de Aguilar;  
 temparlo me visteis; pero  
 no me habéis visto llorar.

GONZALO

Así es, Señora . . . Aunque nada  
 puede extrañarle a esta espada

que ha visto lágrimas mías;  
 porque ella está bien templada,  
 pero tomar a Granada  
 no es para todos los días.

ISABEL

Si con la intención viniera  
 de entregaros mi bandera  
 para Italia ¿no podría  
 dictarle allí vuestra espada  
 su segunda parte al día  
 de la toma de Granada?  
 Pues no os traigo otra sorpresa,  
 capitán, ¿qué decís?

GONZALO

Digo  
 que es para vos poca empresa;  
 para mí, mucho castigo.

ISABEL

¿Castigo daros que hacer  
 donde habéis de prosperar?

GONZALO

Castigo, hacerme luchar  
 donde no os he de tener.

ISABEL

¡Pues avezados estáis,  
 los de mi tiempo a la gloria!

GONZALO

Pero es cuando vos mandáis  
 y en lo más arduo llegáis  
 para darnos la victoria.

ISABEL

Por eso una vez en que es  
 forzoso estar yo parada,  
 trabajará vuestra espada  
 lo que descansan mis pies.  
 Toda una vida de honor  
 me manda en vos que os prospere;  
 conque obedeced, señor,  
 y partid.

GONZALO

El Rey no quiere

ISABEL

Del Rey para mí, no han sido  
necesarios mediadores  
jamás; porque los mejores  
no me llegan al oído;  
acudid con vuestra espada  
cuando os lo manden, hidalgo,  
y no olvidéis que por algo  
vino la Reina a Granada.

*(A sus damas, indicándoles  
la puerta que conduce a  
los jardines.)*

—Buscad, en tanto, a las llamas  
del sol, un reparador  
abrigo bajo esas ramas.

*(Da un paso hacia la puerta  
de la torre.)*

—Capitán, hacedme honor  
acompañando a mis damas.

*(Y va a entrar.)*

GONZALO

*(Sin poder contenerse; casi  
cerrándole el paso.)*

¿Dónde váis?

ISABEL

*(Con dignidad.)*

¿De quién, a mí,  
tal pregunta?

GONZALO

Perdonad;  
y que os anuncie dejad  
al Rey.

REY

*(Llegando por los jardines,  
secamente, y dominando la  
situación desde el principio.)*

El Rey está aquí.

*(Después de saludar a las  
damas con una fría inclina-*